

sin primero hacérselo saber. Todo esto hacía Cortés por ganarles siempre más las voluntades y bocas, que había muchos que no le querían bien; aunque á la verdad, él era de suyo largo en estos gastos de guerra con sus compañeros.

El recibimiento que hicieron á Cortés en Cempoallán

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse á Aquiahuiztlán, que era al abrigo del peñón que decía Montejo; y así, mandó luego Cortés meter en los navios gente que los guardase, y la artillería y lo demás todo que estaba en tierra, y que se fuesen allá, y él que iría por tierra aquellas ocho ó diez leguas que había del un cabo al otro, con los caballos, y con cuatrocientos compañeros, y dos medios falconetes, y algunos indios de Cuba. Los navios se fueron costa á costa, y él echó hacia do le habían dicho que estaba Cempoallán, que era derecho á do el sol se pone, aunque arrojaba algo para ir al peñol; y á tres leguas andadas, llegó al río que parte término con tierras de Motezuma. No halló paso, y bajóse á la mar por vadearle mejor en la reventazón que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron á volapie. Pasados, siguieron la orilla del río arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequeñuelas; mas á legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados. Prosiguiendo siempre su camino por el río, y creyendo hallar á la ribera de él algún buen pueblo, vieron en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de caballo, y mandóles que si haciéndoles señal de paz, huyesen, corriesen tras ellos, y le

trujesen los que pudiesen, porque era menester para lengua, y para guía del camino y pueblo; que iban ciegos y á tino, sin saber por do echar á poblado. Los de caballo fueron, y ya que llegaban junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres, medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecía monstruo, y que caballo y hombre era todo una cosa; mas como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron, y ellos se rindieron como no traían armas; y así, los trajeron todos á Cortés. Tenían las orejas, narices y rostros con así grandes y feos agujeros y cercillos, como los otros que dijeron ser de Cempoallán; y así lo dijeron ellos, y que estaba cerca la ciudad. Preguntados á qué venían, respondieron que á mirar; y por qué huían, que de miedo de gente no conocida. Cortés los aseguró entonces, y les dijo cómo él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar, á ver y hablar á su señor como amigos, con mucho deseo de conocerle, pues no había querido venir, ni salir del pueblo; por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Cempoallán; mas que le llevarían á una aldea que estaba de la otra parte del río y se parecía, donde, aunque era pequeña, tendría buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía. Cuando llegaron allá, algunos de aquellos veinte indios se fueron, con licencia de Cortés, á decir á su señor cómo quedaban en aquel lugarejo, y que otro día tornarían con la respuesta. Los demás se quedaron allí para servir y proveer los españoles y nuevos huéspedes; y así, los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y más fuerte que pudo. La mañana siguiente, bien de mañana, vinieron á él hasta cien hombres, todos cargados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se había holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar no venía; mas que le quedaba esperando en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por do le guiaron muy

presto en ordenanza, y con los dos tirillos á punto, por si algo aconteciese. Desde que pasaron aquel rio hasta llegar á otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también á vado, y luego vieron á Cempoallán, que estaría lejos una milla, toda de jardines y fresca y muy buenas huertas de regadío. Salieron de la ciudad muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, á ver aquellos nuevos y más que hombres. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conocían; y aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadrón; y de esta manera, y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un verjel, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parecían las casas. Á la puerta salieron muchas personas de lustre, á manera de cabildo, á los recibir, hablar y ofrecer. Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadrón entraba por la puerta de la ciudad, y dijeren á Cortés que habían visto un patio de una gran casa chapado todo de plata. Él les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza, vieron á mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucía mucho y parecía plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía. Y á la verdad, como ello fué imaginación, así fué imagen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Había dentro de aquel patio ó cercado una buena hilera de aposentos, y al otro lado seis ó siete torres, por sí cada una, la una de ellas mucho más alta que las otras. Pasaron pues por allí callando muy disimulados, aunque engañados, y sin pre-

guntar nada, siguiendo todavía á los que guiaban, hasta llegar á las casas y palacio del señor. El cual entonces salió muy bien acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demás, y á par de sí dos caballeros, según su hábito y manera, que le traían del brazo. Como se juntaron él y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesía al otro, á fuer de su tierra, y con los farautes se saludaron en breves palabras; y así, se tornó luego á entrar en palacio, y señaló personas de aquellas principales que aposentasen y acompañasen al capitán y á la gente; los cuales llevaron á Cortés al patio cercado que estaba en la plaza; donde cupieron todos los españoles, por ser de grandes aposentos y buenos. Como fueron dentro se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaron que las paredes estaban cubiertas de plata. Cortés hizo repartir las salas, curar los caballos, asentar los tiros á la puerta, y en fin, fortalecerse allí como en real y cabe los enemigos, y mandó que ninguno saliese fuera, por necesidad que tuviese, sin expresa licencia suya; so pena de muerte. Los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas á su usanza.

Lo que dijo á Cortés el señor de Cemporal

Otro día por la mañana vino el señor á ver á Cortés con una honrada compañía, y trájole muchas mantas de algo dón que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y ciertas joyas de oro que podían valer dos mil ducados. Dijole que descansase y tomase placer él y los suyos, que por eso no quería darle pesadumbre ni hablarle en negocios; y así, se despidió entonces como había hecho el día de antes, diciendo que pidiesen lo que hubiesen menester ó quisiesen. Como él se fué, entraron con mucha comida guisada más indios

que españoles eran, y con grande abundancia de frutas y ramilletes; y así, de esta manera estuvieron allí quince días, proveídos abundantísimamente. Otro día envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España, y muchas cosillas de rescate, y á rogarle que le dejase ir á su casa á le ver y hablar allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y él que no le fuese á visitar. Respondió que le placía y que holgaba de ello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando los demás en el patio y aposento con un capitán, y apercebidos muy bien, se fué á palacio. El señor salió á la calle, y entráronse en una sala baja; que allí, como tierra calurosa, no fabrican en alto, más de que por sanidad levantan á tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, á do suben por escalones, y sobre aquello arman la casa y cimentan las paredes, que ó son de piedra ó adobes, pero lucidas de yeso ó con cal, y la cubierta es de paja ú hoja tan bien y extrañamente puesta, que hermosea, y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquillos como tajonillos, labrados y hechos de una pieza pies y todo. El señor mandó á los suyos que se desviasen ó se fuesen, y luego comenzaron á hablar de negocios por intérpretes, y estuvieron muy gran rato en demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse muy bien de las cosas de aquella tierra y de aquel gran rey Motezuma, y el señor no era nada necio, aunque gordo, en demandar puntos y preguntas. La suma del razonamiento de Cortés fué darle cuenta y razón de su venida, y de quién y á qué le enviaba, según y cómo la había dado en Tabasco y á Teudilli y á otros. Aquel cacique, después de haber oído con atención á Cortés, comenzó muy de raíz una luenga plática, diciendo cómo sus antepasados habían vivido en gran quietud, paz y libertad; mas que de algunos años acá estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido, porque los señores de Méjico, Tenuchtlán, con su

gente de Culúa, habían usurpado, no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra, por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender, mayormente que á los principios entraban por vía de religión, con la cual juntaban después las armas; y así, se apoderaban de todo antes que se catasen de ello; y agora, que han caído en tan gran error, no pueden prevalecer contra ellos ni desechar el yugo de su servidumbre y tiranía, por más que lo han intentado tomando armas; antes cuanto más las toman, tanto mayores daños les vienen, porque á los que se les ofrecen y dan, con ponerles cierto tributo ó pecho, ó reconociéndoles por señores con algunas parias, los reciben y ampáranlos, tienen como amigos y aliados; mas empero si les contradicen ó resisten y toman armas contra ellos, ó se rebelan después de una vez sujetos y entregados, castiganlos terriblemente, matando muchos, y comiéndoselos después de haberlos sacrificado á sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Vitcilopuchtli, y sirviéndose de los demás que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre y al hijo y á la mujer, desde que el sol sale hasta que se pone; y sin esto, les toman y tienen por suyo todo lo que á la sazón poseen; y aun allende de todos estos vituperios y males, les enviaban á casa los alguaciles y recaudadores, y les llevaban lo que hallaban, sin haber misericordia ni compasión de dejarlos morir de hambre; siendo pues, dijo, de esta manera tratados de Motezuma, que hoy reiná en Méjico, ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto más amigo de tan bueno y justo príncipe, como le decían que era el Emperador, siquiera por salir de estas vejaciones, robos, agravios y fuerzas de cada día, aunque no fuese por recibir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer? Paró aquí, enterneciéndosele los ojos y corazón; mas tornando en sí, encareció la fortaleza y asiento de Méjico sobre agua, y engrandeció las riquezas, corte, grandeza, huestes y poderío de Motezuma. Dijo asimismo como Tlaxcallán,

Huexocinco y otras provincias por allí, con más la serranía de los totonaques, eran de opinión contraria á mejicanos, y tenían ya alguna noticia de lo que había pasado en Tabasco; que si Cortés quería, que trataría con ellos una liga de todos que no bastase Motezuma contra ella. Cortés, holgándose con lo que oyera, que hacía mucho á su propósito, dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacía en sus tierras y súbditos, mas que tuviese por cierto que él se lo quitaría y aun se lo vengaría, porque no venía sino á deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar á los mezquinos y quitar tiranías, y fuera de esto, él y los suyos habían recibido en su casa tan buen recogimiento y obras, que quedaba en obligación de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mismo haría con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello á que venía, y que por ser de su parcialidad sería su amigo y les ayudaría en lo que mandasen. Despidióse con tanto Cortés, diciendo que había muchos días estado allí, y tenía necesidad de ver la otra su gente y navíos que le aguardaban en Aquiahuiztlán, donde pensaba tomar asiento por algún tiempo, y donde se podrían comunicar. El señor de Cempoallán dijo que si quería estar allí, mucho en buen hora, y si no, que cerca estaban los navíos para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas á su manera y que parecían moriscas, una de las cuales traía mejores ropas de algodón y más labradas, y algunas piezas y joyas de oro encima; y dijo que todas aquellas mujeres eran ricas y nobles, y que la del oro era señora de vasallos y sobrina suya; la cual dió á Cortés, con las demás, para que la tomase por mujer, y las diese á los caballeros de su compañía que mandase, en prenda de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el dón con mucho contentamiento, por no enojar al dador, y así, se partió, y con él aquellas mujeres en andas de hombres, con muchas otras que las sirviesen, y otros muchos

indios que le acompañasen á él y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

Lo que avino á Cortés en Chiauíztlán

El día que partieron de Cempoallán llegaron á Aquiahuiztlán, y aún no eran los navíos llegados, de que mucho se maravilló Cortés, por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar á tiro de arcabuz ó poco más del peñón en un repecho que se llamaba Chiauíztlán; y como Cortés estaba ocioso, fué allá con los suyos en orden y con los de Cempoallán, que le dijeron que era de un señor de los opresos de Motezuma. Llegó al pie del cerro sin ver hombre del pueblo, sino dos, que no los entendió Marina. Comenzaron á subir por aquella cuesta arriba, y los de caballo quisieranse apear, porque la subida era muy agra y áspera; Cortés les mandó que no, porque los indios no sintiesen que había ni podía haber lugar, por alto y malo que fuese, donde el caballo no subiese; mas subieron poco á poco y llegaron hasta las casas, y como no vieron á nadie, temían algún engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo, hasta que toparon una docena de hombres honrados que traían un faraute que sabía la lengua de Culúa y la de allí, que es la que se usa y habla en toda aquella serranía, que llaman Totomo; los cuales dijeron que gente de tal forma como los españoles, ellos no habían visto jamás, ni oído que hubiesen venido por aquellas partes, y que por esto se escondían; pero que como el señor de Cempoallán les había hecho saber quién eran, y certificado ser gente pacífica, buena, y no dañosa, se habían asegurado y perdido el miedo que cobraran viéndolos ir hacia su pueblo; y así, venían á recibirlos de parte de su señor y á guiarlos adonde habían de ser aposentados. Cortés los siguió hasta una

plaza donde estaba el señor del lugar muy acompañado; el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extranjeros con tan luengas barbas. Tomó un braserillo de barro con ascuas, echó una cierta resina que parece ánimo blanco y que huele á incienso, y saludó á Cortés incensando, que es ceremonia que usan con los señores y con los dioses. Cortés y aquel señor se sentaron debajo unos portales de aquella plaza, y entre tanto que aposentaban la gente, le dió cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como hizo á todos los demás por donde había pasado. El señor le dijo casi lo mismo que el de Cempoallán, y aun con harto temor de Motezuma, no se enojase por le haber recibido y hospedado sin su licencia y mandado. Estando en esto, asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos, como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos moscadores grandes de pluma. El señor y los otros suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntó que por qué, y dijéronle que porque venian aquellos recaudadores de las rentas de Motezuma, y temían que dijese cómo habían hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés les esforzó, diciendo que Motezuma era su amigo, y haría con él que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaría que le hubiesen recibido en su tierra; donde no, que él los defendería, porque cada uno de los que consigo traía, bastaba para pelear con mil de Méjico, como ya muy bien sabía el mismo Motezuma por la guerra de Potonchán. No se aseguraban nada el señor ni los suyos por lo que Cortés les decía; antes se quería levantar para recibir y aposentarlos: tanto era el miedo que á Motezuma tenían. Cortés detuvo al señor, y dijole: «Porque veáis lo que podemos yo y los míos, mandad á los vuestros que prendan y tengan á buen recaudo aquellos cogedores de Méjico; que yo estaré aquí con vos, y no bastará Motezuma á os enojar, ni aun él querrá, por mi respeto.» Con el ánimo

que de estas palabras cobró, hizo prender aquellos mejicanos. y porque se defendían les dieron buenos palos. Pusieron á cada uno por sí en prisión en un pie-de-amigo, que es un palo largo en que les atan los pies al un cabo y la garganta al otro y las manos en medio, y han por fuerza de estar tendidos en el suelo. Como los tuvieron atados, preguntaron si los matarian; Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen así y los velasen no se les fuesen. Ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusieronlos á la redonda de él con muchas guardas. Cortés puso ciertos españoles también por guardia á la puerta de la sala, y fué á cenar á su aposento, donde tuvo harto para sí y para todos los suyos de lo que el señor les envió.

Mensajería de Cortés á Motezuma

Cuando le pareció tiempo que ya reposaban los indios, por ser muy noche, envió á decir á los españoles que guardaban los presos que procurasen de soltar un par de ellos, sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trujesen. Los españoles se dieron tal maña, que, sin ser sentidos, cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres, y soltaron dos de ellos, y los trujeron á la cámara do Cortés estaba; el cual hizo como que no los conocía, y preguntóles con Aguilar y Marina que le dijese quién eran, qué querían, y por qué estaban presos. Ellos dijeron que eran vasallos de Moteczumacín, y que tenían cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban á su señor, y que no sabían la causa por que los habían prendido y maltratado; antes se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salían otras veces á recibir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creían que por

estar él allí con los otros compañeros, que diz que son inmortales, se les habían atrevido aquellos serranos, y aun que temían no matasen á los que presos quedaban, según eran aquellos de allí bárbara gente, antes que Motezuma lo supiese; contra el cual holgarían de rebelarse, por darle costa y enojo, si hallasen aparejo; que otras veces lo solían hacer. Por tanto, que le suplicaban hiciese cómo ellos y los otros sus compañeros no muriesen ni quedasen en manos de aquellos sus enemigos; que recibiría Motezuma, su señor, mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padecían mal por servirle bien. Cortés les dijo que le pesaba mucho que el señor Motezuma fuese deservido, siendo su amigo; donde él estaba, ni sus criados maltratados; que había de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias á Dios del cielo, y á él, que los mandó soltar en gracia y amistad de Motezuma, para los despachar luego á Méjico con cierto recado. Por eso, que comiesen y se esforzasen á caminar, encomendándose á sus pies; no los cogiesen otra vez, que sería peor que la pasada. Ellos comieron presto, que no se les cocía el pan, por irse de allí. Cortés los despidió luego, y los hizo sacar del pueblo por do ellos guiaron, y darles algo que llevasen de comer; y les encargó, por la libertad y buena obra que de él habían recibido, que dijesen á Motezuma, su señor, cómo él lo tenía por amigo y deseaba hacerle todo servicio, después que oyó su fama, bondad y poder; y que había holgado hallarse allí á tal tiempo, para mostrar esta voluntad, soltándolos á ellos, y pugnando por guardar y conservar la honra y autoridad de tan gran príncipe como él era, y por favorecer y amparar los suyos, y mirar por todas sus cosas como por las propias; y que aunque su alteza no arrostraba á su amistad ni á la de los españoles, según lo mostró Teudilli, dejándole sin decir adiós, y ausentándole la gente de la costa de sus tierras, no dejaría él de servirle siempre que hubiesen ocasión, y procurar por todas las vías á él posibles y ma-

nifestas, su gracia, su favor y amistad; y que bien creído tenía, pues no había razón para ello, sino antes toda buena obra y señal de amor de una parte á otra, que su alteza no huía ni rehusaba la amistad, ni mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo que necesario era á la sustentación de la vida, sino que sus vasallos lo hacían pensando servirle; mas que por acertar, erraban, no conociendo que Dios los venía á ver en topar con criados del Emperador, de quien podían él y ellos todos recibir beneficios grandísimos y saber secretos y cosas santísimas; y que si por él quedaba, que fuese á su culpa; pero que confiaba en su prudencia que, mirándolo bien, holgaría de verle y hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre eran allí venidos él y los otros sus compañeros; y en cuanto á sus criados que quedaban presos, que él tendría tal forma, que no peligrasen; y así, prometía de los librar y libertar, por solo su servicio, y que luego lo hiciera, como á los dos que enviaba con este mensaje, sino por no enojar á los de aquel lugar, que le habían hospedado y hecho mucha cortesía y todo buen tratamiento, y no pareciese que se lo pagaba ni agradecía mal en irles á la mano en cosa que hacían en su casa. Los mejicanos se fueron muy alegres, y prometieron de hacer lealmente lo que les mandaba.

Rebelión y liga contra Motezuma por industria de Cortés

Cuando otro día amaneció y echaron menos los dos presos, riñó el señor á las guardas, y quiso matar los que guardaban; sino que con el rumor que hubo, y con estar esperando qué dirían ó harían los del pueblo, salió Cortés, y rogó que no los matasen, pues eran mandados de su señor, y personas públicas, que, según derecho natural, ni

merecían pena ni tenían culpa de lo que hacían sirviendo á su rey; mas, porque no se les fuesen aquellos, como habían hecho los otros, que se los confiasen y entregasen á él, y á su cargo si se le soltasen. Diéronselos, y envióslos á las naos amenazándolos y diciendo que les echasen cadenas. Tras esto juntáronse á consejo con el señor, ciscados todos de miedo, y platicaron lo que harían sobre aquel caso, pues estaba cierto que los huídos habían de decir en Méjico la afrenta y mal tratamiento que les fuera hecho. Ūnos decían que era bien y cumplidero á todos enviar el pecho á Motezuma y otros dones, con embajadores, para aplacarle la ira y enojo, y á disculparse, culpando los españoles, que los mandaron prender, y suplicarle les perdonase aquel yerro y dislate que habían hecho, como locos y atrevidos, en desacato de la majestad mejicana. Otros decían que muy mejor era desechar el yugo que tenían de esclavos, y no reconocer más á los de Méjico, que eran malos y tiranos, pues tenían en su favor aquellos medio dioses é invencibles caballeros españoles, y tendrían otros muchos vecinos que les ayudarían. Resolviéronse á la postre que se rebelasen y no perdiesen aquella ocasión, y rogaron á Fernandó Cortés que lo tuviese por bien, y que fuese su capitán y defensor, pues por él se habían puesto en aquello; que, ó enviase Motezuma ó no ejército sobre ellos, estaban ya determinados rompêr con él y hacerle guerra. Dios sabe cuánto Cortés se holgaba con aquellas cosas; ca le parecía que por allí iban allá. Respondiósles que mirasen muy bien lo que hacían; que Motezuma, á lo que tenía entendido, era poderosísimo rey; mas que si así lo querían, que él los capitanearía y defendería seguramente; que más quería su amistad que la del otro, que le despreciaba; pero que con todo eso quería saber qué tanta gente podrían juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haría. Cortés entonces dijo que enviasen luego á todos los de su parcialidad y enemigos de Motezuma á los avisar y aperebir de aquello, y á

certificarles de la ayuda que tenían de los españoles. No porque él tuviese necesidad de ellos ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culúa, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen á recado y sobre aviso, no recibiesen daño si por acaso Motezuma enviase ejército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos á sobresalto y descuido; y porque también si tuviesen necesidad de socorro y gente de aquella suya que los defendiese, se la enviase con tiempo. Con esta esperanza y ánimo que Cortés les ponía, y con ser ellos de suyo orgullosos y no bien considerados, despacharon luego sus mensajeros por todos aquellos pueblos que les pareció, á les hacer saber lo que tenían acordado, poniendo los españoles encima las nubes. Por aquellos ruegos y medios se rebelaron muchos lugares y señores y aquella serranía entera, y no dejaron cogedor de Méjico en parte ninguna de todo aquello, publicando guerra abierta contra Motezuma. Quiso Cortés revolver á éstos, para ganar las voluntades á todos y aun las tierras, viendo que de otra guisa mal podía. Hizo prender los alguaciles; soltólos; congraciósse de nuevo con Motezuma; alteró aquel pueblo y la comarca; ofrecióseles á la defensa, y dejó los rebelados para que tuviesen necesidad de él.

Fundación de la villa rica de la Veracruz

Á esta sazón estaban ya los navíos detrás del peñol; fué á verlos Cortés, y llevó muchos indios de aquel pueblo rebelado y de otros allí cerca, y los que traía consigo de Cempoallán, con los cuales se cortó mucha rama y madera, y se trajo, con alguna piedra, para hacer casas en el lugar que trazó; á quien llamó la villa rica de la Veracruz, como habían acordado cuando se nombró el cabildo de San Juan de Ulúa. Repartiéronse los solares á los vecinos y regi-

miento, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas de cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería, y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa. Trazóse asimismo una fortaleza sobre el puerto, en sitio que pareció conveniente, y comenzóse luego ella y los demás edificios á labrar de tapiería, que es la tierra de allí buena para ello. Estando muy metidos en fabricar, vinieron de Méjico dos mancebos, sobrinos de Motezuma, con cuatro hombres ancianos, bien tratados, por consejeros, y muchos otros por criados y para servicio de sus personas. Llegaron á Cortés como embajadores, y presentáronle mucha ropa de algodón, bien llena y tejida, y algunos plumajes gentiles y extrañamente obrados, y ciertas piezas de oro y plata bien labradas, y un casquete de oro menudo sin fundir, sino en grano, como lo sacan de la tierra. Pesó todo esto dos mil y noventa castellanos, y dijéronle que Motezuma, su señor, le enviaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber de ella. Diéronle las gracias de haber soltado aquellos dos criados de su casa, y defendido que no matasen á los otros; que fuese cierto que lo mismo haría él en cosas suyas, y que le rogaba hiciese soltar los que aún estaban presos, y que perdonaba el castigo de aquel desacato y atrevimiento, porque le quería bien, y por los servicios y acogimiento bueno que le habían hecho en su casa y pueblo; pero que ellos eran tales, que presto harían otro exceso y delito, por donde lo pagasen todo junto, como el perro los palos. En cuanto á lo demás, dijeron que como estaba malo, y ocupado en otras guerras y negocios importantísimos, no podía declararse al presente dónde ó cómo se viésen; mas que andando el tiempo no faltaría manera. Cortés los recibió muy alegremente, y los aposentó lo mejor que pudo, ribera del río, en chozas y en unas tendezuelas de campo, y envió luego á llamar al señor de aquel pueblo rebelado, dicho Chiauitlán. Vino, y dijole cuanta verdad le había tratado, y cómo Motezuma no osaría enviar ejército ni

hacer enojo donde él estuviese. Por tanto, que él y todos los confederados podían de allí en adelante quedar libres y exentos de la servidumbre mejicana, y no acudir con los tributos que solían; mas que le rogaba no le tuviese á malo si soltaba los presos y los daba á los embajadores. Él le respondió que hiciese á su voluntad, que, pues de ella colgaban, no excederian un punto de lo que mandase. Bien podía Cortés tener estos tratos entre gente que no entendía por do iba el hilo de la trama. Tornóse aquel señor á su pueblo, y los embajadores á Méjico, y todos muy contentos; porque él esparció luego aquellas nuevas y el miedo que Motezuma tenía á los españoles, por toda la sierra de los Totonagues, é hizo armas á todos, y quitar á Méjico los tributos y obediencia; y ellos tomaron sus presos y muchas cosas que les dió Cortés, de lino, lana, cuero, vidrio y hierro; y fuéronse maravillados de ver los españoles y todas sus cosas.

Cómo tomó Cortés á Tizapancinca por fuerza

No mucho después que pasó todo esto, enviaron los de Cempoallán á pedir á Cortés españoles y ayuda para contra la gente de guarnición de Culúa, que tenía Motezuma en Tizapancinca, que les hacía muchos daños, quemas y talas en sus tierras y labranzas, prendiendo y matando los que las labraban. Confina Tizapancinca con los Totonagues y tierras de Cempoallán, y es un buen lugar y fuerte; ca tiene su asiento á par de un río, y la fortaleza en un peñasco alto; y por ser así fuerte, y estar entre aquellos que á cada paso se le rebelaban, tenía Motezuma puesta allí gran copia de hombres de guarnición; los cuales, como vieron revueltos y con armas á los rebeldes, y que se les venían á guarecer allí huyendo los recaudadores y tesoreros de aquellas comarcas, salían á remediar la rebelión, y

en castigo, quemaban y destruían cuanto hallaban, y aun habían prendido muchas personas. Cortés fué á Cempoallán, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, á Tizapancinca, que estaba ocho leguas ó más de la ciudad. Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallaneses; mas como vieron los de á caballo y á los barbudos, pasmaron y echaron á huir á más correr. Estaba cerca la guarida, y acogiéronse presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan aína, que los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podían subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo, sin contraste. Entrados, tuvieron la puerta, hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, á los soldados que lo guardaban, y fué cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volvióse á la mar por el camino que fué. Con este hecho y victoria, que fué la primera que Cortés hubo de la gente de Motezuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de Méjico, y los nuestros en grandísima fama y reputación para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrecía, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendía. Cuando Cortés llegó á la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él había comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la había dejado dando carena; el cual traía setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron.

El presente que Cortés envió al Emperador por su quinto

Daba priesa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendía él irse presto la tierra adelante, camino de Méjico, en demanda de Motezuma, y por dejarlo todo asentado y como debía estar, para llevar menos cuidado. Comenzó á dar orden y concierto en muchas cosas tocantes así á la guerra como á la paz. Mandó sacar á tierra todas las armas y pertrechos de guerra, y cosas de rescate de los navíos, y las vituallas y provisiones que había; y entregóselas al cabildo, como lo tenía prometido. Habló asimismo á todos, diciendo que ya era bien y tiempo de enviar al rey la relación de lo sucedido y hecho en aquella tierra hasta entonces, con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella; y que para eso era necesario repartir lo que habían habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí primero el quinto; y porque mejor se hiciese, él nombraba, y nombró por tesorero del rey, á Alonso de Ávila, y del ejército á Gonzalo Mejía. Los alcaldes y regimiento, con todos los demás, dijeron que les parecía bien todo lo que había dicho, y que se hiciese luego; y que no sólo holgaban que aquellos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban, y rogaban que lo quisiesen ser. Hizo luego, tras esto, sacar y traer á la plaza, que todos lo viesen, la ropa de algodón que tenían allegada, las cosas de pluma, que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que había, y que pesó veintisiete mil ducados; y entregóse así por peso y cuenta á los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos. Empero todos di-